

Contribuyó decididamente a la restauración de nuestros estilos tradicionales, y a que el alma nacional encontrara, después de períodos de inercia y de desvío, su verdadera y genuina expresión estética; devolvió al Perú su fisonomía histórica, su primacía cultural y estética, y su inconfundible prestancia en la vida del Continente.

El espíritu nacional no está constituido por el contraste de efímeros intereses y cambiantes pasiones políticas; sino por esencias espirituales que se traducen en lo religioso a la fé y ritos de nuestros padres; en el orden social, en el apoyo de las instituciones tutelares y en el orden estético, en las obras que reflejaron el afán de belleza de otras generaciones y que llevan un sello de eternidad.

Mariano Ignacio Prado fué un enamorado de esas esencias patrias y buscó su tangible encarnación en los viejos libros, en los olvidados papeles, y en toda huella en que palpitara un aliento del alma peruana.

Como Presidente del Instituto Histórico, alentó siempre los trabajos de las nuevas generaciones, abriendo a ellas las puertas de nuestra Revista.

Ni los años, ni las preocupaciones, ni las dolencias, disminuyeron su intuición y actividad de insigne conocedor y coleccionista. Herido ya por grave dolencia, no cesó en su empeño de completar su colección pictórica cuzqueña, que forma uno de los capítulos más interesantes del arte de la metrópoli peruana.

Unió don Mariano a sus cualidades ejecutivas de pionero y capitán industrial, a su talento de jurista y de maestro, y a su entusiasmo por la historia peruana, las características de un amigo consecuente y cordialísimo, de un político atento a las nuevas orientaciones, lleno de comprensión, de tolerancia y de concordia. Ni las luchas económicas, ni las luchas políticas atenuaron su serenidad y amplitud espiritual; antes bien, destacaron en él sus relieves de un gran señor de la vida peruana. Paz en su tumba.

EL GENERAL DON CARLOS DELLEPIANE: Historiador militar.

† en Washington el 11 de noviembre de 1946.

El General Carlos Dellepiane Alonso, prematuramente desaparecido a los 53 años de edad era un distinguido oficial de Estado Mayor, que consagró buena parte de su vida al esclarecimiento de la historia militar del Perú.

Nacido en Lima en 1893 ingresó como cadete a la Escuela Militar de Chorrillos donde obtuvo el grado de Alférez de Caballería. Siguió luego los cursos de la Escuela Superior de Guerra donde obtuvo el diploma de Oficial de Estado Mayor. En tal carácter y en viaje de estudio y perfeccionamiento estuvo en Francia de 1924 a 1926. Perteneció al cuerpo 18 de Dragones de Metz, al 99 de Infantería en Lyon y al Centro de Estudios Tácticos de Artillería, siguiendo además el ciclo de instrucción de comandantes en Saumur. Ascendido a la clase de Mayor, fué designado Comandante de la Escuela de Clases de Caballería y más tarde jefe de la sección Histórico-Geográfica del Estado Mayor General.

En este carácter y como profesor de la Escuela Militar el teniente Coronel Dellepiane inició sus estudios sobre la historia militar peruana, proponiéndose derivar de ellos una enseñanza sobre los principios constantes que se derivan de las diversas campañas, no obstante la individualidad de cada una de las situaciones de guerra. De esas lecciones, desarrolladas con sagacidad y espíritu crítico y sobre todo, con una esmerada metódica de plan y de documentación, surgió su libro en dos gruesos volúmenes "**Historia Militar del Perú**", editado por Gil en 1931 y del que se han repetido ediciones en 1936, 1941 y 1943, esta última en la Argentina.

En su **Historia Militar**, el general Dellepiane estudia la evolución del arte militar en el Perú, a partir de la lucha por la independencia. Atendiendo a los procedimientos de la guerra considera que deben trazarse dos grandes períodos: el primero, el de las operaciones realizadas antes de la guerra franco-prusiana, en que predominan los viejos métodos napoleónicos, y un segundo período en que se aprovechan los adelantos teóricos y de armamento de la guerra de 1870. En el primer período caben las campañas de la Revolución Emancipadora, desde Túpac Amaru a Bolívar y las guerras que Dellepiane llama de Consolidación de la República en las que cuentan las batallas de la Confederación Perú-Boliviana, la invasión peruana al Ecuador en 1860 y la guerra con España. En el segundo período que abarca el tomo II se analizan las diversas campañas de la guerra con Chile de 1879.

El método del general Dellepiane es claro y simétrico, acaso con excesiva uniformidad para acontecimientos de

distinta magnitud y trascendencia. El autor traza, en primer término, el panorama político y diplomático que antecede a la guerra, el estado de ánimo de las multitudes y los medios bélicos de que disponen los adversarios. Describe luego las grandes operaciones militares, prestando atención al teatro de las operaciones y a la técnica o experiencia del general. Finalmente trata de deducir la enseñanza que proporciona para el futuro militar cada acción de guerra. El estudio se basa en documentos abundantes: partes, órdenes, artículos de prensa, informes, cartas, y especialmente en croquis de las batallas, sin los que considera que el estudio carecería de valor técnico y derivaría al puro diletantismo.

Del estudio de las guerras de la emancipación Dellepiane dedujo algunos de los principios fundamentales de la lucha militar en territorio peruano. San Martín probó en ellos la importancia del dominio del mar y la eficacia del sistema combinado de operaciones marítimas y terrestres. La defensa española pudo optar en aquella época por la retirada al interior, porque el comercio era embrionario y porque era fácil improvisar elementos de guerra como eran la fundición de cañones y fabricación de cartuchos, pólvora y vestuario. Coadyuvó a la defensa, junto con la orografía del terreno, la aptitud de las tropas indias para la marcha, la resistencia natural del hombre de fila que inmortalizó a los soldados de Valdez y la férrea disciplina española. Dellepiane halla que los generales realistas y patriotas actuaban bajo la influencia de la escuela de Federico II de Prusia y seguían los preceptos de las guerras del siglo XVIII, buscando la batalla con los "frentes invertidos". Censura a San Martín de lentitud y falta de energía en el ataque a Lima, después de haber acertado en el golpe de la invasión marítima y en la ventaja de la guerra combinada de mar y tierra; elogia a Sucre por su previsión y prudencia principalmente en la preparación de las marchas y lo considera como el moderador de los ímpetus de Bolívar, de su crueldad y espíritu arbitrario. Dellepiane rinde también justicia a los generales españoles que dieron ejemplo de amor y preocupación por su tropa, como en el caso de Valdez, arrojándose al Pampas para salvar a dos soldados, de Canterac a pie a la cabeza del ataque en Torata o del propio Virrey, sableado en Ayacucho al lado de sus granaderos. El general que reunió las mejores condiciones técnicas y síquicas, según Dellepiane, fué Valdez, pues explotó magníficamente las

cualidades de su tropa y las características del terreno, imponiendo su voluntad al enemigo. Valdez tuvo "los conocimientos de San Martín y de La Serna, con la impetuosidad que caracterizaba a Bolívar y a Canterac en la batalla".

Las guerras de la consolidación de la nacionalidad fueron, a juicio de Dellepiane, luchas partidistas, impulsadas por las pasiones y ambición personal de los caudillos, sin participación honda y efectiva de las verdaderas fuerzas vivas de la nación. De ahí que los ejércitos colectivos de unos generales se pasasen frecuentemente a los del otro, las fugas en masa o la negativa a batirse de las tropas, contra un enemigo ficticio. Fueron, dice Dellepiane, simples guerras de opinión, como las guerras dinásticas europeas en que no entraron en cuenta los intereses nacionales". En realidad, fueron guerras de intervención, de tanteo de las fuerzas para definir las posiciones geográficas indecisas y de profunda trascendencia para el porvenir de la nacionalidad, en que se preparó el equilibrio final suramericano. Desde el punto de vista militar no ofrecen estas campañas nuevas enseñanzas, ni grandes maniobras, porque se llevan a cabo en forma improvisada y con jefes faltos de criterio, con más personalidad política que militar. Santa Cruz, desuella por su iniciativa para buscar al enemigo y su afán de cortarle sus líneas de comunicación, salvo en Yungay, donde se aferró a la defensiva táctica a pié firme, desgastando su tropa sin esfuerzo alguno para tomar la oportuna ofensiva. Gamarra, según Dellepiane, pecó siempre por su amor a la defensiva táctica y el excesivo cuidado de sus posiciones, en tanto que Salaverry confiaba sobre todo en el valor de sus tropas y buscaba irreflexiva y audazmente al enemigo. En general, las batallas se desarrollan sin plan, sin elementos eficaces de información y coordinación, por la simple vista del campo, en choques frontales, en que vencen los más obstinados y la persecución del enemigo es brillante y enérgica.

En el segundo volumen de su Historia Militar, el general Dellepiane analiza larga y profundamente las acciones bélicas de la guerra con Chile de 1879 y su repercusión en nuestro proceso histórico y en el espíritu nacional. El error de los estadistas peruanos fué el de no haber preparado la defensa nacional, de haber confiado en los medios pacíficos y diplomáticos. Chile detentó el éxito inexorablemente por-

que preparó la agresión, y tuvo constantemente la iniciativa de las operaciones y la ofensiva estratégica, anticipada por su política armamentista, su diplomacia agresiva y sus infiltraciones de espías y observadores. El Perú y Bolivia, en cambio pretendieron detener la agresión, brutal y sorpresiva con actos de respeto a las leyes internacionales: devolución de rehenes, respeto de los vencidos y de las poblaciones inermes. El error de los aliados fué la adopción de la defensa estratégica, impuesta en cierto modo por el dominio del mar de Chile, pero a la que debió seguir perfectamente planeada y combinada una ofensiva táctica o una defensiva táctica activa. Las batallas se perdieron dice Dellepiane, porque practicaron la defensiva estratégica y tácticas pasivas. Cuando el ejército peruano tomó la ofensiva táctica venció como en Tarapacá o aclaró "el sombrío cuadro en que por imprevisión y miopía espiritual de los dirigentes de la causa pública se debatieron los soldados peruanos desde el combate de Quillagua en 1879 hasea la escaramuza de Huarochirí en 1883". El defecto técnico fué la práctica de la defensiva estratégica y la táctica pasivas y las causas coadyuvantes "la falta de organización por falta de elementos de lucha, por la imprevisión de tropas y comando, por ausencia de servicios y **por alguna otra causa**".

El prestigio adquirido por el culto militar e historiador después de la publicación de su obra se refleja en los cargos y honores que recibió en el resto de su vida. En 1938, fué jefe del Estado Mayor de la Inspección General de la Defensa Nacional, en 1938-39 Agregado Militar en la República Argentina, en 1939 fué ascendido a Coronel y en 1941 a General de Brigada. De 1941 al 43 dirigió con profundo entusiasmo la Instrucción Pre-militar en el Perú.

En los funerales del General Dellepiane, realizados en Lima, en enero de 1947, al ser repatriados sus restos, el doctor Don Luis Alayza y Paz Soldán, pronunció a nombre del Instituto Histórico del Perú el discurso que se reproduce.

DISCURSO DEL DOCTOR LUIS ALAYZA PAZ SOLDAN

Abrumado de dolor ante la tumba del inolvidable amigo, del compañero de ideales y luchas, del historiador austero, del soldado ejemplar, del educador, del patriota, recuerdo las palabras de Edward Young en su **Noche Quinta**:

“¿Por qué tantas fatigas para triunfos tan breves? La fortuna de los ricos, la gloria de los héroes, la majestad de los reyes, todo acaba por un: “AQUI YACE”.

Y continuó con el melancólico pensador inglés:

“Mis pesares y lamentos terminarán; en tanto que sin tí ¡Oh muerte! serían inmortales. Sin tí nuestras virtudes serían vanas y nuestros sufrimientos perdidos. Tú vas a pagarme el salario. Yo he proferido gritos al nacer, para obtener esta vida miserable ¿Cuándo podré exhalar mis últimos suspiros, para obtener una segunda que me idemnice de la primera? Nó; la vida no es de acá: ella sólo comienza después de la tumba. La muerte nos hiera para conservarnos. Herido de su mano, el hombre cae y se levanta”.

Domínanme estas hondas reflexiones al dar el último adiós en nombre del Instituto Sanmartiniano del Perú, a uno de los suyos, al más entusiasta, al más fuerte, al más conspicuo, a su Vice-Presidente, el General Carlos Dellepiane.

Dellepiane siguió su vocación al ingresar a la nobilísima carrera de las armas, porque entendió que era la que más caminos le franqueaba para traducir en obra sus sentimientos de peruano y de patriota. Cada joven que se matricula en la Escuela Militar, lo hace impulsado por el mismo ideal y decidido al mismo propósito.

Años más tarde encontró que los tiempos eran muy otros de aquellos en los cuales cibió la polaca y profesó la espada; buscó entonces en los campos de la historia, historia de la patria, lo que en la vida le faltaba; de ahí nació su dedicación a los estudios recordatorios de los hechos de nuestros grandes varones, y su monumental obra la “Historia militar del Perú”, obra al mismo tiempo entusiasta y austera, sólida y brillante; y una vez que hubo dádole cima, este obseso del patriotismo, este insaciable codicioso del bien nacional que fuera Carlos Dellepiane, orientó los últimos años de su existencia a la enseñanza dentro y fuera del claustro de Marte, y consagróse por entero a organizar la instrucción premilitar obligatoria, para forjar al ciudadano, desde sus primeros días, en las disciplinas de la lucha y en la religión de la patria. Con tenacidad incansable desarrolló su viril cometido y con visión de filósofo y ardencia de soldado secundó desde esa alta cátedra que es la Dirección de Instrucción Premilitar, las enseñanzas de Castilla en su acción, de Salaverry en sus arengas y combates, de Cáceres en el esforzado gimnasio de la Breña. Dellepiane, varón de alma templada y vibrante como el acero de su espada, es uno de los grandes espíritus militares que han aspirado a dar otro rumbo y sentido a la vida nacional, aniquilando cuanto de muelle y frívolo pueda existir en ella, combatiendo el ateísmo de los

que no adoran a la patria y levantando sobre nuestro firmamento, como un lábaro de mágicas virtudes, el estandarte de la peruanidad.

Fué la suya obra de previsión; pronto llegaron para la humanidad y para el Perú los días tremendos que vivimos, en esta etapa de desenfrenos y peligros, que es uno de aquellos períodos fatales y de causa ignota, como las bravesas del mar. Dellepiane sabía que la trompeta que nos llama a la lucha es la que nos lleva al engrandecimiento, que no debemos llorar con lágrimas de mujer las desgracias que nos asedian, porque ellas nos hacen exteriorizar las inmanencias y virtudes que poseemos, que los espíritus se corrompen en la tranquilidad de los pantanos y se desintegran en la fría paz de la tumba; en tanto que se retemblan y ennoblecen en la acción.

Bendigamos a la Providencia que nos depara horas de prueba, y ya que hemos de morir, conquistemos una muerte digna con los esfuerzos de una vida digna; y no nos importe que caigan y desaparezcan quienes creen que la existencia sólo sirve para entregarse a los placeres o vegetar en la molicie.

Una parte de su apostolado realizó Dellepiane desde el Instituto Sanmartiniano, que no es un museo de glorias y prestigios, sino corazón palpitante, voluntad activa, que busca en las grandezas del pasado levaduras y estímulos para las jornadas del mañana.

Cuando, bajo el nombre y la sombra protectora de un insigne argentino, José de San Martín, ganador de batallas, libertador de pueblos y forjador de naciones, y al conjuro de otro inolvidable argentino, el historiador José Pacífico Otero, en un claro día de principios de 1935 se organizaba el Instituto, busqué a un hombre a quien no conocía y solicité su amistad, porque intuí en él el alma grande y el propulsor poderoso que necesitábamos; solicité al entonces Teniente Coronel Carlos Dellepiane; y no fué vana mi premonición, por que en todos los momentos y en todas partes, ya a nuestro lado en las labores de la vida institucional, ya desde el extranjero, jamás nos faltaron su cooperación y sus luces, y como codirector de la "Revista del Instituto Sanmartiniano del Perú" nos ilustró con su pluma y nos prestigió con su nombre.

Por eso ahora, ante este cofre de acero que guarda sus restos humanos, recuerda el Instituto en cuyo nombre hablo, que la fortuna de los ricos, la gloria de los héroes, la majestad de los reyes, todo acaba por un "AQUI YACE"; pero que la vida no es de acá: sólo comienza después de la tumba; y el hombre herido por la muerte, cae y se levanta; si, levántase engrandecida y luminoso, como guía para nuestros pasos, reconfortante para los desfallecimientos y estímulo para los más nobles y desinteresados orgullos.

¡Colega Dellepiane!

El Instituto Sanmartiniano del Perú al acompañarte hasta el pórtico del más allá, te despide serenamente y te da las gracias.

Y, como que de las grietas de la urna funeraria se exhalasen las palabras postreras de este veterano luchador, ya en los umbrales de su nueva existencia, contestándonos:

¡Adelante!

JULIO C. TELLO, el arqueólogo.

† en Lima, el 3 de Junio de 1947.

La arqueología peruana no tuvo hasta la aparición de Julio C. Tello un cultivador genuino y científico. Hasta él la investigación arqueológica fué principalmente obra de viajeros extranjeros o de dilletanttis entusiastas. La curiosidad por las "antigüedades" y restos arqueológicos databa, sin embargo, de los primeros cronistas, principalmente de Cieza, con sus descripciones de monumentos, templos, caminos, fortalezas y piedras milenarias. La trayectoria que vá de los primeros asombrados narradores a los arqueólogos modernos recorre a través de los siglos, diversas etapas de curiosidad y formas de aprehensión de los hechos pre-históricos a veces paradójales o contradictorias.

Después de los cronistas, aparece la estirpe destructora de los "extirpadores de idolatrías", frailes, visitadores y funcionarios, que cumplen la consigna eclesiástica de los Concilios de destruir todas las supervivencias de hechicerías, supersticiones y gentilidades. Es la hueste de los Avila, los Arriaga, Avendaño, Teruel, Albornoz, Hernández Príncipe que arrasan huacas y **machays**, desentierran momias de **malquis** venerados, queman amuletos y **huacanquis**, quiebran **conopas** y persiguen hechiceros y ritos clandestinos. El lema de estos arqueólogos al revés es el del cándido padre Arriaga; "Todo lo que se puede quemar se quema". Pero, en el fondo de este furor iconoclasta, hay una oculta vena de simpatía y de inconsciente aproximación al sentido moderno de la arqueología. Los extirpadores, por razón de su función, se convierten en sutiles concedores de todo el instrumental religioso y la utilería del rito y la superstición y, para comprobar su celo apostólico, describen